

En cuanto al primer argumento, siempre resultará que se pierde una cantidad de potencial, que solamente podrá suplirse con la aportación de otras fuentes de energía, que habrán de sustraerse a otras formas de trabajo, y, por tanto, no puede hablarse de sustitución en el sentido de que queden atendidas las actividades que ocupaban a los individuos que cubren las bajas causadas por la muerte o la enfermedad de los atacados, quedando, por tanto, reducida a la mitad la aportación del trabajo y la producción y riqueza, que es su consecuencia, por lo que no es admisible tal supuesto.

Respecto al segundo, tampoco se puede conceder a la naturaleza el poder inteligente que supone reconocer y elegir a los peores, orgánicamente considerados, para que sobre ellos hagan presa las enfermedades infecciosas y les elimine, porque la resistencia a esta clase de enfermedades, aparte de la defensa que supone el tipo bien desarrollado, no está en relación absoluta con éste, sino que depende de complicados mecanismos en relación con la biología del germen y con circunstancias que varían en cada forma epidémica, y a veces en cada momento.

Por consiguiente, las epidemias o enfermedades infecciosas desarrolladas en tal forma no hacen esa selección que inspira el principio de Malthus, y muchas veces a la vez que a los individuos, con taras patológicas y merma o déficit vital, hacen presa en individuos plétóricos de vida, al menos orgánicamente considerados y de inmejorables condiciones para el trabajo, por lo que las epidemias suprimen muchas veces no sólo a los malos, sino a los más selectos. Buen ejemplo de esto lo dió la gripe pandémica del año 1918, donde la principal mortalidad ocurrió precisamente entre los diez y ocho y ventiocho años, y en individuos robustos y sin estigmas especiales de enfermedad. Hasta tal extremo fué esto así, que tratándose de una enfermedad de localización torácica fueron muy pocos, relativamente al número, los tuberculosos que murieron. Aquí se ve precisamente una epidemia con selección al revés: mueren los fuertes y quedan realmente los enfermos, o en condiciones de inferioridad fisiológica natural.

Hay otro tercer argumento que se invoca para soslavar el problema de los escépticos en materia de política económica sanitaria. Si no ocurren enfermedades de esta naturaleza—dicen—, si todos los que nacen llegan a la muerte natural en el ocaso de la vida, no habría superficialidad bastante en el globo para dar alojamiento, y menos alimentación a los numerosos pobladores que hoy tendría la tierra. Este absurdo neomaltusiano presupone la completa explotación del suelo y de todas las riquezas ocultas que pueden explotarse, aparte de que cuanto mayor sea el número de individuos inteligentes (dando a esta palabra su concepto más amplio), mayores serán las inspiraciones, las iniciativas y los descubrimientos de la riqueza o de los medios para transformarla y ser utilizada por el hombre.

Y aún dista mucho la cifra de población absoluta del globo (aun en las naciones de mayor

densidad de ocupación) de ser la necesaria para explotar ese potencial de riqueza en sus diferentes manifestaciones.

Es, por consiguiente, indudable que la sustracción a la muerte y a la enfermedad de esos tantos individuos que aparecen rebajando la estadística de mortalidad general, y que representan la vida y la salud puestas a cubierto contra la acción de las enfermedades evitables, en el último quinquenio, son aportaciones positivas de riqueza, que repercutirán seguidamente en el balance económico de la nación.

Debe añadirse, para que pueda juzgarse de los éxitos logrados por virtud de la actuación del Gobierno en materia de Sanidad y darles la interpretación económica necesaria, que para todos los servicios, organizaciones, nuevas obras y reformas de las construcciones existentes, ha invertido el Estado 36 282.926 pesetas en los cinco años de actuación. Ahora bien; como las economías en vidas, en salud y en trabajo, obtenidas en este quinquenio, ascienden a pesetas 133 110.800, se ha obtenido el beneficio que resulta de la liquidación siguiente:

	Pesetas.
Economías en el capital humano, representadas por la disminución de la mortalidad y atribuidas a enfermedades evitables . . . . .	133 110.800
Gastos realizados para el mejoramiento sanitario de la nación . . .	36.282.926
Diferencia a favor del Tesoro, puesto que a él han de revertir en forma de trabajo y producción	106.827.874

Cualquiera que sea la interpretación que quiera darse a estas cifras habrá que reconocer que, aun considerados como simples máquinas de trabajo, sin otro valor social ético, sentimental y patriótico, el Gobierno español ha podido conservar en estado de potencia activa, y por tanto, de producción, a los cinco años de actuación del régimen que implantó el general Primo de Rivera, individuos 425.950, que libró de la muerte, y 122 550 que sustrajo a las enfermedades evitables.

Y aún hay que esperar mayores rendimientos, porque las mejoras realizadas no han tenido tiempo de actuar toda su intensidad, influenciando las causas que venían sosteniendo el elevado porcentaje de morbilidad y mortalidad.

Pero como lo que ya se ha logrado es bastante para reconocer el éxito indiscutible de la intervención, hay que proclamar con todo el entusiasmo de nuestro patriotismo que, en materia de sanidad pública, la obra del general ilustre, cuya permanencia en el Poder celebramos al cumplirse el quinto año de su régimen de gobierno, no ha tenido parecido desde que se implantó en España el primer sistema de defensa de la salud

(De «La Nación»).